

Mt 2,1-12

De Jacob avanza una estrella, un cetro surge de Israel

La Solemnidad de la Epifanía del Señor tiene su día propio el 6 de enero. Pero, dado que en nuestro país ese día no es feriado civil, se traslada al domingo sucesivo al 1 de enero, que este año es el 4 de enero.

El Hijo de Dios nació en este mundo completamente desconocido en un lugar muy secundario del orbe; pero Dios quiso que fuera «manifestado» –esto significa la palabra griega «epifanía»–, por medio de una estrella que apareció en el cielo, a unos magos de oriente que, guiados por esa estrella, llegan a Jerusalén preguntando por ese Niño que ha nacido.

El relato del nacimiento en este mundo del Hijo de Dios hecho hombre lo debemos al evangelista Lucas, que dice escuetamente: «Sucedió que, mientras ellos (María y José) estaban allí (en Belén), se le cumplieron a María los días del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían lugar en el alojamiento» (Lc 2,6-7). Como decíamos, nació en la forma más pobre y anónima que se puede imaginar. Pero tuvo su primera «epifanía» esa misma noche ante unos humildes pastores que cuidaban sus rebaños. Es imposible expresar con nuestro lenguaje lo que fue manifestado a esos bienaventurados pastores: «Se les presentó el Ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz...» (Lc 2,9). Esto es lo que ese ángel les manifestó: «Les evangelizo una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: les ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Cristo Señor; y esto les servirá como signo: encontrarán un Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (Lc 2,10-12).

La identidad de ese Niño, manifestada a ellos con la visión de la gloria del Señor, no obstante lo desconcertante del signo indicado, es confirmada por una manifestación más impresionante aun: «De pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: "Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes Él se complace"» (Lc 2,13-14). Los pastores creyeron en ese primer «evangelio» y entendieron que algo grande, algo de la esfera de lo divino, les había sido manifestado por Dios: «Sucedió que, cuando los ángeles, dejándolos, se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: "Vayamos, pues, hasta

Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado"» (Lc 2,15). Esta es la primera epifanía del evento más grande ocurrido en la historia humana. Gozaron de ella unos humildes y desconocidos pastores.

Por su parte, el evangelista San Mateo, en el Evangelio propio de esta Solemnidad, nos relata una epifanía del mismo evento, pero concedida a unos sabios de Oriente, a más de mil de kilómetros de distancia, por medio de una estrella que apareció en el cielo, una manifestación que sólo Dios puede conceder: «Nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempo del rey Herodes, unos magos que venían del Oriente se presentaron en Jerusalén, diciendo: "¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarlo"».

La identidad de estos hombres –no sabemos cuántos eran– y su origen están expresados de manera poco precisa: «unos magos de Oriente». Dado que descubrieron en el cielo la aparición de una estrella, podemos imaginar que se trata de astrólogos, que eran hombres sabios de ese tiempo, que conocen, por tanto, los documentos escritos de valor universal producidos por el ser humano. Entre esos documentos, sin duda, los más importantes son los que nosotros veneramos como Escritura Sagrada, porque tienen a Dios mismo como autor. ¿Cómo conocieron esos hombres de Oriente las Escrituras de Israel?

No olvidemos que en el año 587 a.C. Israel cayó bajo el dominio del imperio babilónico y que fueron llevados al exilio los principales del pueblo, partiendo por el rey y su corte y todos los sacerdotes y otros personajes adictos al culto. Permanecieron en el exilio hasta el año 538 a.C. En esa tierra extranjera no podían celebrar el culto al Dios verdadero, pero se reunían en el Día del Señor –el séptimo día– a recordar su propia tierra y el tesoro máspreciado que ellos tenían, a saber, la Palabra de Dios. Allí se lamentaban: «Junto a los canales de Babilonia nos sentabamos y llorabamos acordandonos de Sion...» (cf. Sal 137,1). Allí nació, con el fin de conservar la Palabra de Dios, el servicio de la sinagoga, que prosperó y se conservaba en pleno esplendor en el tiempo de Jesús, quien, como leemos en el Evangelio, «recorría toda Galilea enseñando en sus sinagogas» y «según su costumbre» acudía el sábado a la sinagoga de Nazaret, donde se había criado (cf. Mc 1,39; Lc 4,15-16).

En el tiempo del exilio (587-538 a.C.) ya habían adquirido su forma las tradiciones del Pentateuco, que luego dieron origen a la forma escrita que

hoy conocemos de esos primeros cinco libros de la Biblia. Terminado el exilio, no todos los judíos regresaron a la tierra de Israel. Muchos prosperaron y permanecieron en esas lejanas tierras y conservaron las Escrituras. Era imposible que hombres cultos de esos lugares, aunque no fueran judíos, las ignoraran. Podemos, por tanto, suponer que esos magos de Oriente también las conocían. Muchas veces ellos, lo mismo que el pueblo de Israel, se habrán preguntado sobre el sentido de un antiguo oráculo, pronunciado por Balaam a la vista del pueblo de Israel, que regresaba de Egipto: «Oráculo de Balaam, hijo de Beor, oráculo del varón clarividente, oráculo del que escucha los dichos de Dios, del que conoce la ciencia del Altísimo... Lo veo, aunque no para ahora, lo diviso, pero no de cerca: de Jacob avanza una estrella, un cetro surge de Israel... despliega su poder» (Num 24,15.16.17.18). Probablemente, ese oráculo, unido a la estrella que vieron aparecer en el cielo, dio a esos magos el sentido de lo que Dios quería manifestarles y explica su pregunta, una vez llegados a Jerusalén: «¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?».

Después del exilio, la Palabra de Dios siguió hablando a Israel, ya en su propia tierra, a través de los profetas, uno de ellos Miqueas. Pero estas Escrituras, probablemente, ya no eran conocidas por esos magos de Oriente. Por eso, preguntan, no el hecho, que dan por cierto –el nacimiento del Rey de los judíos–, sino el lugar: «¿Dónde?». Y reciben como respuesta un oráculo de Miqueas: «Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres, no, la menor entre los principales clanes de Judá; porque de ti saldrá un caudillo que apacentará a mi pueblo Israel» (cf. Miq 5,1). Esta información, unida a la luz de la estrella, que nuevamente los guio, les permitió llegar a su destino: «La estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que llegó y se detuvo encima del lugar donde estaba el Niño». La actitud de esos hombres ante el espectáculo que vieron sus ojos nos informa hasta qué punto habían recibido una auténtica epifanía sobre la identidad de ese Niño, que ellos buscaban: «Entraron en la casa; vieron al Niño con María su madre y, postrándose, lo adoraron; abrieron luego sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra». A causa de estos tres dones, la tradición ha entendido que se trataba de tres magos. Pero más interesa el reconocimiento de ese Niño, ante quien se postran y a quien adoran, y el sentido de esos dones: oro es el regalo que se hace a un rey; incienso se quema solamente a Dios; mirra es el ungüento que se usa para quien ha de morir y ser sepultado.

Fue así manifestado a esos magos el misterio del Dios verdadero, hecho hombre verdadero y como tal rey heredero del trono de David, pero que debía entregar su vida en redención de muchos, como lo declaró Él mismo muchos años más tarde: «El Hijo del hombre ha venido no a ser servido, sino a servir y a entregar su vida en redención de muchos» (cf. Mt 20,28). El Evangelio nos relata esta epifanía para que todos profesemos esta misma fe.

No podemos dejar de destacar el hecho de que haya sido manifestado Aquel cuyo nacimiento cambiaría el curso de la historia humana a unos hombres muy lejanos del pueblo de Israel. Es un claro signo de la universalidad de la salvación que Él obraría. Así se ha entendido y, por eso, esos tres magos se representan, respectivamente, con rasgos occidentales, asiáticos y africanos. Esta epifanía, con la cual comienza el Evangelio de Mateo, se ve confirmada por la misión universal encomendada por Cristo resucitado a sus discípulos, con la cual concluye este mismo Evangelio: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan, pues, y hagan discípulos a todas las naciones bautizandolas en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñandoles a guardar todo lo que Yo les he mandado. Y he aquí que Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo». El que pronunció este mandato es el mismo que, recién nacido, fue adorado por los magos de Oriente. De esta manera, el Evangelio de Mateo resulta ser el más universalista. Gracias a esa misión universal, creemos también nosotros, que distamos de ese hecho fundante mucho más que esos magos de Oriente.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez  
Obispo emérito de Santa María de los Ángeles